

Capítulo LXXXI

Desesperacion

—Valeroso malinche,—dijo á Cortés la hermosa india, que no era otra que Ihalí,—al despedirme de vos pronunciásteis las siguientes palabras, que han quedado indeleblemente grabadas en mi corazón: «Si algun día necesitas de mí, implora mi auxilio y me apresuraré á complacerte.»

—¿Y bien, querida niña?

—Ese día ha llegado,—añadió, bajando los ojos con rubor.

Hernán Cortés, que á pesar de toda su serenidad, estaba afectado por el atropello de que había sido víctima:

—En mala ocasión vienes, hija mía,—le dijo.

—Eso me hace presumir que vos también sufrís.

—Te engañas.

—Por piedad, decidme qué teneis.

—Nada tengo.

—Vuestro semblante revela lo contrario.

El corazón se ensancha cuando hay un sér querido á quien contar las penas.

No hay que extrañar, por lo tanto, que Hernán Cortés, mirando con ternura á Ihalí, le dijese:

—Pues sí, ¿para qué mentir? Tengo un tósigo en mi alma, una pena que me asesinará, que no me deja respirar.

—¡Ah!

—Si penetrases en lo profundo de mi alma, si vieras la duda terrible que la despedaza y aniquila, te daría compasión.

—Me dais miedo; temo que os volvais loco,—dijo Ihalí.

—Yo creo que lo estoy ya; siento una confusión de ideas, síntoma claro de locura: mi cerebro quiere romperse, en mi frente tengo un volcán.

—Pero ¿qué os sucede?

—Vamos á saberlo.

Ihalí prestó atención.

—Sufro las consecuencias de la más negra ingratitud. Después de haber sido un padre para todos los que me rodeaban, un amigo cariñoso, no han faltado algunos miserables que se han atrevido á calumniar me en España ante mi soberano, y ha nombrado otra persona para que me reemplace. Yo podría, sin embargo, oponerme á esta determinación, porque cuen-

to aún aquí con servidores leales, que derramarían hasta la última gota de su sangre en mi defensa; pero como no es el afán de mando lo que me alienta, como sólo deseo servir á mi patria, he acatado la orden de destierro, y ahora mismo voy á cumplirla.

Y viendo que Ihalí se entristecía al oír su relato, añadió:

—Pero no hablemos de eso; dime qué puedo hacer en tu obsequio, y serás complacida.

—No es para mí para quien impetro vuestra gracia, sino...

Ihalí no concluyó la frase.

La emoción le ahogaba.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Habla, te lo pido por lo que más quieras en el mundo.

—Pues bien; los dioses me han concedido una prenda de vuestro cariño. Pero al mismo tiempo que ese acontecimiento me llena de alegría, ha producido una catástrofe que ha de influir fatalmente en mi porvenir.

—Pero estás muy agitada, encanto de mi vida; descansa un momento y cuéntame todo lo que te ha ocurrido, que aún creo podré mitigar tus penas,—dijo Hernan Cortés.

Una dulce sonrisa, en que se pintaba la gratitud que le inspiraban aquellas palabras, se dibujó en los labios de la niña.

Sentándose al lado del caudillo, comenzó su relato en estos términos:

—Un mes antes de dar á luz al hijo de mis entrañas, aunque yo procuraba ocultar á mi padre el estado en que me hallaba, notándolo él, me dijo un día con solemne acento:

»—Hace tiempo, Ihalí, que una sospecha me quitaba el sueño. Más tarde, aun no quería dar crédito á lo que veía, porque hay desventuras tan inmensas, que la razón es poca para hacerlas comprender.

El dolor que se revelaba en el autor de mis días, me hizo sentir un cruel remordimiento.

Mi padre continuó.

»—Ya veo desgraciadamente que has deshonrado mis canas, y como estoy seguro de que voy á morir, quiero al ménos que tu seductor sufra al saber que te ha perdido.

Estas palabras helaron la sangre en mis venas.

—Haced lo que gustéis,—dije.

»—Vas á contestarme antes á una pregunta: ¿Quién ha sido tu seductor?

»—Matadme, padre mio, pero no me exijais eso, os lo suplico.

»—Te digo que necesito saberlo, si no quieres ahora mismo que te pisotee las tripas.

Me horrorizó aquella amenaza.

Haciendo un supremo esfuerzo:

»—Juradme antes no atentar contra la vida del que en otra ocasión os salvó la vuestra.

»—Tú quieres desesperarme.—¿Te estás burlando de mí?

—¡Ay! No.

—Pero ¿quién es ese hombre?

—El malinche, el jefe de los extranjeros.

—Ahora lo comprendo todo. Pero te compadezco. Has sido tan miserable, que tal vez por salvar mi vida...

Y mesándose los cabellos y paseándose en medio de la mayor agitacion, prorumpió en amargo llanto.

Yo apenas me atrevia á alzar los ojos del suelo.

La idea de morir sin dar á luz el fruto de mis entrañas, me causaba una desesperacion inmensa.

De pronto oi un ruido que me estremeció, seguido de una dolorosa exclamacion.

Volví la cabeza, y ví á mi padre en el suelo.

El infeliz se revolvia en un mar de sangre que arrojaba por la boca. Un instante despues habia dejado de existir.

—¡Oh!—exclamó Hernan Cortés, cuya conciencia le acusaba de aquel crimen.

—Sin darme cuenta de lo que hacia,—añadió Ihalí,—abandoné la casa y huí.

Al dia siguiente me encontraron los dos criados que me acompañan, desmayada al lado de un árbol.

Me condujeron á una choza inmediata, y allí me prestaron los primeros auxilios. Cuando regresé á mi casa, noté al entrar el mayor desorden.

Durante mi ausencia me robaron cuanto tenia.

Hernan Cortés escribió una carta, que dirigia á uno de los frailes que le servia de confesor, y se la entregó á Ihalí.

En ella se acusaba del pecado que habia cometido, pedia le impusiera la penitencia debida, y le recomendaba hiciese cuanto pudiera por la jóven, procurando especialmente que la convirtiese á la religion cristiana.

—Yo no puedo detenerme más, Ihalí; ya sabes lo que me pasa. No es difícil que de un dia á otro reciba la orden de ser conducido á una prision. Toma esta carta, pregunta á cualquiera de nuestros teopixques, y ellos te conducirán á la presencia de la persona á quien vá dirigida.

—Yo no quisiera separarme de vos,—dijo la pobre niña en medio de un amargo llanto.

—Hoy es imposible; pero tengo esperanza de que sea pronto.

Y estrechando las manos de Ihalí, y dándole un ósculo cariñoso en la frente, se puso de nuevo en camino.

—¿Qué se han hecho de aquellas protestas de cariño?—exclamó con desesperacion Ihalí, apenas se hubo alejado Cortés.

Esto es horrible.

¿Para qué quiero la vida?

Y obedeciendo á una idea siniestra que cruzó por su imaginacion:

—Yo bien sé lo que tengo que hacer,—añadió.—Ni siquiera me ha preguntado dónde está mi hijo.

Al pronunciar esta última palabra:

—Perdóname, fruto querido de mis entrañas, si

un momento he acariciado la idea del suicidio. No; yo no debo vivir para tí, y viviré,—añadió, dirigiéndose á Méjico á cumplir las indicaciones de su amante.

—Yo no puedo deponerme más. ¡Hail! ¿sabes lo que me pasa? No es difícil que de un día á otro te este la orden de ser conducido á una prisión. Toma esta carta, pregunta á cualquiera de aquellos teopixques, y ellos te conducirán á la presencia de la persona á quien se dirige.

—Yo no quisiera separarme de vos,—dijo la princesa mirando en medio de su amor gozoso.

—Hoy es imposible; pero tengo esperanzas de que sea pronto.

Y estrechando las manos de Hail, y dándole un óculo cariñoso en la frente, se puso de nuevo en camino.

—¿Qué se han hecho de aquellas protestas de amor?

—¿Cómo con desamoración? ¡Hail! apenas se puede alzar la voz.

—Esto es horrible.

—¿Para qué quiero la vida?

Y obedeciendo á sus ideas sin que él se acordara de ellas:

—Yo pienso lo que tengo que hacer,—dijo.—Ni siquiera me has preguntado dónde está mi hijo.

Al pronunciar esta última palabra:

—Perdóname, esto quería decirlo de una manera si

Capítulo LXXXII.

Supercherías.

Injustos apareceríamos á los ojos de nuestros queridos suscritores, si habiendo molestado su atención refiriéndoles las mil peripecias por que pasaron algunos personajes secundarios, incidentales de esta historia, relegásemos poco ménos que al olvido á los que han figurado tan brillantemente en esta obra.

Pocos tienen seguramente para que les rindamos el debido tributo como Pedro de Alvarado.

Asistimos á su casamiento con la bellísima Carlota Patiño, y tambien supimos que el rey, deseando premiar sus buenos servicios en las Indias, le confirió un empleo en palacio.

Un año llevaban de matrimonio los dos esposos, y como se adoraban entrañablemente, el tiempo ha-

había pasado para ellos sin sentir, como se dice vulgarmente.

Pedro de Alvarado no se separaba de su casa sino para asistir á palacio.

Pero como hasta la felicidad había, poco á poco fué perdiendo esta dulce costumbre, y terminó por estar allado de su esposa á las horas en que se ponía la mesa y cuando se retiraba á descansar.

Carlota Patiño sufría lo que no es decible; pero no se atrevía á formular la más pequeña queja.

Los celos la atormentaban.

—Mi marido ama á otra; de otra manera no me trataría con tanto desvío.

Para salir de dudas, acudió á consultar á una bruja.

No debemos extrañar que apelase á este medio, cuando hoy, para mengua del siglo en que vivimos, hay todavía quien cree en la supuesta ciencia de esas embaucadoras.

Carlota se dirigió á casa de la bruja.

Hay que advertir que hacia tiempo que la galanteaba, aunque sin hallar eco en su corazón, un caballero de la corte que pasaba por muy amigo de Alvarado.

Este falso amigo era el que contribuía eficazmente á que Pedro se fuese separando poco á poco de Carlota.

Sabia que era celosa, y se proponía explotar esta debilidad.

El fué quien, comprando á una de las doncellas

de la esposa de Alvarado, le inculcó la idea de que debía consultar á madre Petra, que así se llamaba la bruja.

Madre Petra, como todas las de su gremio, servía también de tercero en los amores de los personajes de la corte.

Su casa era el templo en donde rendían culto al amor, y su casa era una verdadera amenaza á la fidelidad de los juramentos prestados por los esposos.

Fácilmente se adivina lo que el desdeñado amante se proponía al desear que Carlota consultase á madre Petra.

—Señora,—dijo Carlota con timidez al presentarse á la bruja,—vengo á consultar á la ciencia, á pedir consejo, porque de poco tiempo á esta parte sufro tanto, que desearía morir.

—Por Dios, hija mía, desechad esos lúgubres pensamientos. Para todo hay remedio en este mundo.

—Dudo que le haya para mí. Yo amaba á mi esposo más que á mi vida, y empiezo á temer que me engaña.

—¿Y por eso quieres morir?

—Sí, señora; mi vida, mi fé, mi esperanza, era el amor de mi esposo. Si le pierdo ¿qué me queda? La desesperación y las lágrimas.

Una sonrisa, que hacía más repugnante su fealdad, apareció en los labios de madre Petra.

—Vuestra vista, niña cándida, es muy corta, y no sabreis leer en el libro del misterioso porvenir.

En vez de abatiros, debíais estar alegre y orgullosa, porque ó mi ciencia me engaña, ó habeis de ser muy feliz.

—¡Oh!—añadió con alegría Carlota.—¿segun eso, podré convencerme de que mi marido no ha amado otra, de que me adora como antes?

—Eso es imposible.

—Entonces tambien lo es que yo tenga felicidad.

—Si apartáseis vuestro peusamiento de Pedro de Alvarado...

—Jamás; decid á un águila en su vuelo que aparte su vista del sol, y caerá en tierra amortecida.

—Lo contrario os digo, Carlota. Levantad la vista de la tierra y clavadla en el sol radiante.

La esposa de Alvarado era muy inocente, y por lo tanto no podia adivinar el sentido de las palabras de la bruja.

—No os entiendo,—dijo con el mayor candor.

—Ya me entenderéis. Apartad vuestros ojos de Alvarado, que no os ama, y premiad á un apuesto galan, que suspira por vos hace ya mucho tiempo.

—¡Callad, callad! Una mujer casada que en algo se estime jamás debe dar oidos á más galanterias que las de su marido.

—¿Que valen los escrúpulos contra la voluntad del hado? Sucederá lo que está escrito, y vos doblareis la cervid bajo la mano del destino.

—Jamás la doblaré, señora,—dijo Carlota con altivez.—Pero decidme por Dios; ¿quién os paga para que así me atormenteis?

—Vos que me preguntais por vuestro porvenir, vos me pagais.

—¡Yo!

—Pero os juro que esta será la primera y última vez que emplee mi ciencia en vuestro servicio. La emplearé en otra que tenga fé en mis palabras, y sobre todo que no me insulte.

—Por piedad, señora; no hagais caso de mi delirio; sufro tanto, que no sé lo que me digo.

—¡Pobre flor!—murmuró la vieja.

—Nadie cree como yo en la ciencia; pero algunas veces estoy loca.

Madre Petra empezó á hacer signos cabalísticos, miró á las estrellas, consultó varios libros, y despues de terminar estas operaciones, exclamó con acento de amargura:

—Hija, mia, Pedro de Alvarado no se acuerda de vos.

Carlota lanzó un ¡ay! terrible.

La vieja continuó:

Pero en cambio, os ama...

Carlota Patiño se levantó del asiento que ocupaba, y cogiendo una mano de la bruja y colocándola sobre su pecho:

—Este corazon solamente ha latido por un hombre,—dijo con energía;—este corazon, señora, no la tirá por otro, no.

La vieja se levantó también, y poniendo la mano de Carlota entre las suyas descarnadas, repuso:

—No dais crédito á mis pronósticos, y esta entrevista será la última que tengamos. Pero antes quiero proponeros algun medio de conciliacion. ¿Qué prueba exigís para creer en mis vaticinios?

—¿Qué prueba?

—Sí.

—No encuentro ninguna bastante.

La vieja dejó la mano de Carlota, dió una vuelta por el aposento manifestándose enojada, se aproximó á una ventanilla, la entreabrió, miró por ella un breve instante, la cerró de nuevo, y llegándose al fin á la jóven, la dijo:

—¿Creeríais en mi ciencia, Carlota, si viérais ahora mismo á vuestro esposo?

—Si le veo,—replicó la jóven,—creeré en todo cuanto me digais.

—Pues bien; le vereis muy en breve.

Cogió la vieja un grande espejo, lo colocó en una pared, agarró á Carlota por la mano, y conduciéndola delante del espejo.

—No os movais de este paraje,—añadió;—cerrad los ojos y abridlos cuando yo os avise.

—Así lo haré.

—Juradme, Carlota, guardar un profundo silencio, y no revelar á nadie ni por nada lo que veáis aquí.

—Lo juro.

—¿Y por qué me lo jurais?

—Por la salvacion de mi alma y por la gloria de mis padres.

—Jurádmelo por algo más.

—Por el cariño de Pedro.

—Basta, Carlota. Cerrad los ojos, y abridlos cuando yo os toque en el hombro.

La hermosa jóven cerró los ojos.

—Madre Petra se llevó su luz, ocultándola con cuidado; abrió la misteriosa ventanilla, tan exactamente ajustado en la pared, que parecia parte del lienzo, y tocó en el hombro á Carlota.

Abrió esta los ojos con afan, vió en el espejo un hombre vuelto de espaldas, cuya figura se parecia en un todo á la de Alvarado.

Muy poco tiempo pudo contemplarlo.

Entre aquella figura y el espejo se fué colocando una sombra, cuyas facciones no pudo distinguir bien Carlota, por aparecer muy confusas en la oscuridad del aposento.

Un instante despues la sombra desapareció, y todo se quedó en tinieblas.

—¿Qué habeis visto?—pregantó la vieja acercándose á Carlota.

—He visto,—replicó la jóven, sin poder dominar su emocioa,—á mi esposo vuelto de espaldas.

—¿Le habeis conocido bien?

—Lo mismo que si fuera en medio del dia y en mi propia casa.

—¿Creis ahora en mi ciencia?

—Sí creo.

—¿No adivináis por qué le habeis visto de espaldas?

—No.

Pues es muy sencillo,—dijo madre Petra;—porque huye de vos.

La pobre joven ahogó un doloroso suspiro.

—¿No habeis visto algo más?—prosiguió la bruja.

—He visto una sombra que se interpuso entre Alvarado y yo.

—¿Y cómo la visteis?

—De frente.

—Naturalmente; eso explica que mientras vuestro marido huye, ocupa esa sombra su lugar, y se acerca á vos con paso lento.

—¿Quién es esa sombra?

—Ese es el hombre que tarde ó temprano ha de ser dueño de vuestro corazón.

—Carlota sintió un sudor frío; pero la profunda admiración que hacia tiempo le rodeaba, no la permitió desplegar los labios.

La bruja añadió:

—¿Qué veis ahora?

—Nada.

—¿Nada veis?

—Nada absolutamente. ¡Dios mio! ¿me habré quedado ciega?

La vieja dió una horrible carcajada.

Carlota cayó de rodillas, exclamando:

—Piedad, señora; yo estoy ciega, y antes de su-

jetarme á aquella prueba, debisteis advertirme el riesgo que corria.

La vieja dió otra carcajada.

—¿Qué vá á ser de mí, Dios mio! Devolvedme la vista, y seré vuestra esclava. ¡Oh! Bien cara he pagado mi curiosidad. ¡Qué cierto es que ciegan los que ven prodigios!

—Así es, hija mia.

—¿Luego yo estoy ciega?

—Tranquilizaos, que para todo habrá remedio.

Carlota extendia sus brazos para abrazar á aquella mujer repugnante.

—Gracias, señora, gracias. ¿Y qué tengo que hacer?

—Escuchadme con atención. Permanecereis arrodillada, con las manos cruzadas sobre el pecho, y cerrareis perfectamente los ojos.

Sentireis una mano delicada que estrechará con amor la vuestra; frente unos brazos que ceñirán vuestra esbelta cintura...

—¡Oh! ¡Esto es una infamia, una villanía!

—No griteis, paloma mia,—dijo la vieja con siniestro acento,—á no ser que queráis quedaros ciega para toda vuestra vida.

El terror que esta amenaza produjo en Carlota le hizo exclamar:

—Estoy dispuesta á todo.

—Reflexionad que si tratáis de engañarme no conseguireis nada en vuestra curación.

—Hablo con sinceridad, os lo juro.

—Entonces cerrad los ojos, y aguardad un instante.

—Ya están cerrados.

—Bien, Carlota.

Madre Petra se alejó.

La jóven quedó sola.

Capítulo LXXXIII.

Continuacion del anterior.

Momentos despues de la escena á que acabamos de asistir, una suave claridad, muy semejante á los primeros rayos del alba, se fué derramando por la estancia que ocupaba Carlota.

Aquella escasa luz apenas permitia distinguir los objetos, que formaban formas caprichosas y en cierta manera fantásticas.

Aquellos muebles antiguos, tan rotos, tan sùcios, parecian colocados en los profundos subterráneos de algun castillo encantado, y los enséres derramados sobre la mesa recordaban un dia de sábado en el camarín de la bruja.

Carlota, con los ojos cerrados y arrodillada sobre la estera, parecia la estátua de un sepulcro debida al